

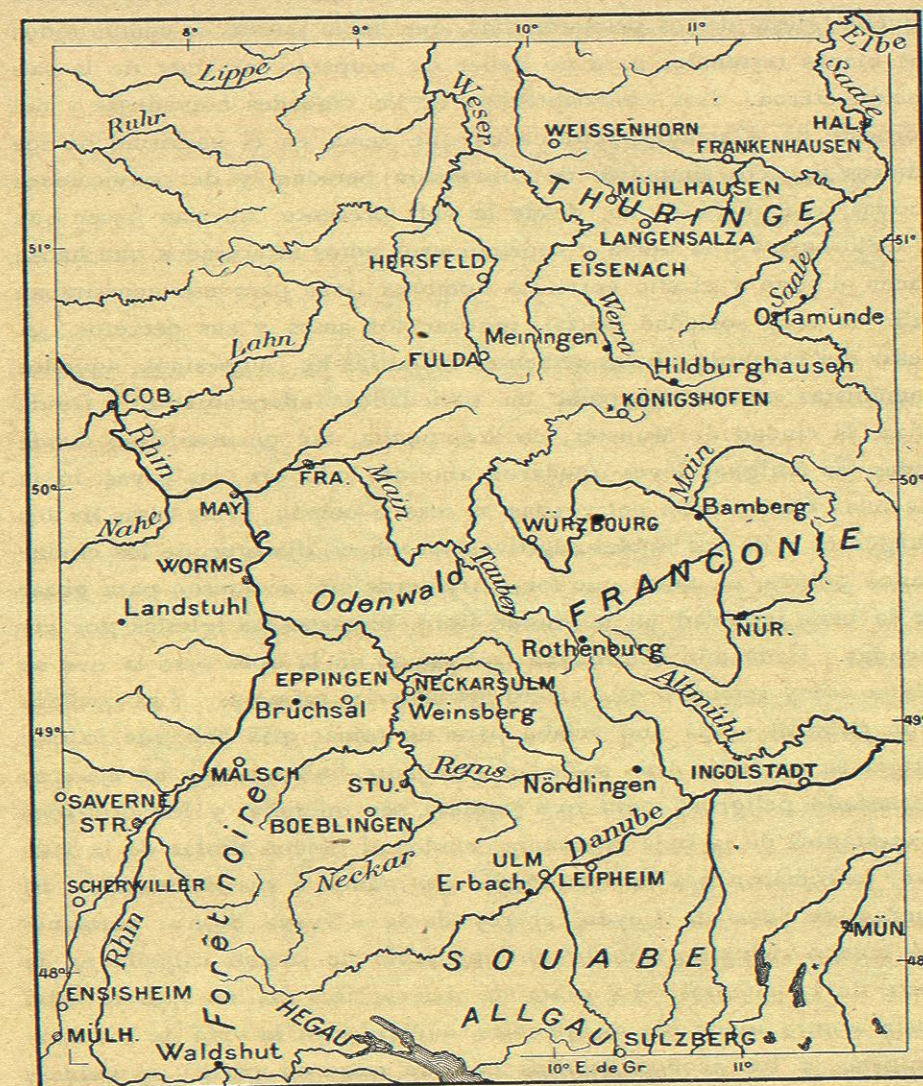
De ello se glorificó después: «Yo, Martín Lutero, por mi parte he matado los campesinos, porque he mandado herirles de muerte; su sangre corre sobre mi cuello; pero yo me descargo de esta responsabilidad sobre Dios nuestro señor, que hubiera mandado hablar como he hablado»¹.

Cuando los campesinos de Waldshut, cerca de la frontera helvética, desplegando la bandera negra-roja-oro, el 24 de Agosto de 1524, decidieron fundar la fraternidad «evangélica» de los campesinos, llevando la «guerra contra los castillos, los conventos y los curas», después de luchar sin tregua hasta la liberación de todos los hermanos sujetos á servidumbre en el imperio, el espanto fué general en el mundo de los señores. Reuniéronse poderosas hordas en Marzo de 1525, varios nobles imploraron el favor de ser recibidos entre los «hermanos», muchas ciudades se aliaron á los campesinos confederados, y éstos llegaron á ganar victorias en batalla campal contra los caballeros y sus mercenarios. Pero cuando se vió que los campesinos no se atrevían á aprovecharse de sus triunfos y se proclamaban siempre leales y fieles súbditos del emperador, los señores recobraron ánimo y su furor se aumentó en proporción del miedo que habían tenido. La represión fué terrible, y las matanzas y los tormentos no hubieran cesado si á pesar de todo los señores no hubieran necesitado criados, siervos y soldados. Eso es lo que los amigos de Casimiro de Brandeburgo le hicieron observar cuando había asesinado ya á quinientos de aquellos desgraciados: «Pero si matamos á toda nuestra gente, ¿dónde encontraremos otros campesinos para vivir sobre ellos?» Se contentaron, según el obispo de Spira, con sacrificar unos cincuenta mil, ¡pero con qué furiosa alegría se lanzaron sobre los rebeldes inteligentes que habían tenido conciencia de su obra, como Tomás Munzer! ¡Con qué refinamiento de voluptuosidad se rompieron sus huesos y se vertió gota á gota su sangre en las cámaras de tormento!

Y sin embargo, la lógica de los acontecimientos impulsaba hacia una libertad práctica absoluta á los hombres á quienes el protestantismo, á pesar suyo, había concedido la libertad de examen. Entre

¹ Tischreden, edición Reclam, p. 194.

N.º 378 Teatro de la Guerra de los Campesinos.



1: 3 000 000

0 50 100 200 Kil

Las localidades marcadas con un punto negro recuerdan un buen éxito de los campesinos rebeldes; más de mil palacios fueron destruidos de centenares de ciudades que fraternizaban con los insurgentes.

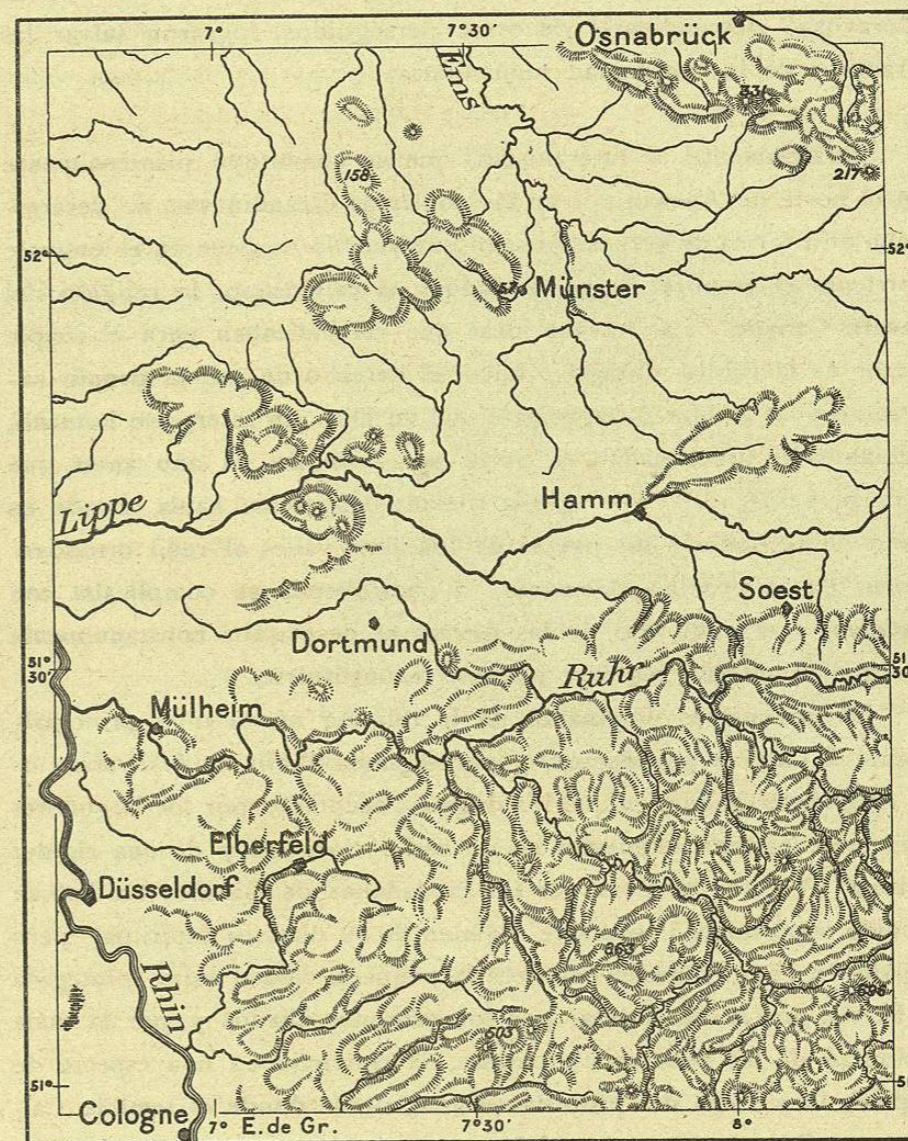
Los puntos abiertos designan los lugares de derrotas y de matanzas: Leipheim, 4 Abril; Frankenhausen, 15 Abril; Saverne, 17 Mayo (20,000 víctimas); Eppingen, 27 Mayo 1525.

los que habían abierto la Biblia, los había que deseaban reconstituir aquella Iglesia de los primeros días, que había puesto en común todos los bienes terrenales para no haber de ocuparse más que de la salvación eterna. Los «anabaptistas» de las ciudades holandesas y del noroeste de Alemania, reformados que veían en el bautismo de los adultos un acto simbólico de conversión personal y de convicciones activas, eran de los que, desde la vida presente, querían hacer que el cielo bajara á la tierra y suprimir esos odios interesados que hacen nacer el tuyo y el mío entre los hombres; mas para eso necesitaban salir de toda sociedad oficial, ignorar los amos y sus decretos. Á pesar del recuerdo de las recientes matanzas de campesinos, aquellos comunistas osaron agruparse en sociedades independientes. Desde 1533, la ciudad de Munster, en Westphalia, fué un municipio donde todas las antiguas leyes quedaron abolidas. El oro, las joyas, hasta las telas ricas fueron entregadas al tesoro común. Las casas de los burgueses y de los nobles fugitivos fueron el albergue de los ciudadanos pobres, en tanto que los extranjeros que acudieron para gozar de la bella igualdad en la ciudad libre, tomaron las iglesias por viviendas. Cada uno continuaba trabajando en la obra para la que se sentía útil y recibía á este efecto las materias primeras. Las comidas eran públicas, cada uno velaba para no tomar más pan que lo que exigía su apetito. Una sociedad semejante hubiese sido un ejemplo demasiado peligroso para que pudiera ser tolerada, y los príncipes protestantes de la baja Alemania, unidos al obispo titular de la ciudad, la tomaron por asalto (1535), asesinando á sus defensores. El cuerpo de Juan de Leyde, el rey de la «Nueva Sión», permaneció mucho tiempo expuesto en una jaula de hierro colgada en la torre de la catedral. La rabia de destrucción fué tal que se cebó hasta contra todos los documentos que referían la vida de los anabaptistas y los acontecimientos en que tomaron parte: se hubiera querido destruir hasta el recuerdo de su existencia, y aun en nuestros días la historia oficial de la insurrección de Munster se resume en la lista de los abusos de autoridad que Juan de Leyde hubiera cometido.

La secta religiosa que, aparte de toda ambición política ó social, se proponía únicamente conservar la enseñanza dogmática y el nom-

bre originario, tuvo que hacerse muy humilde para obtener el derecho de manifestarse al margen de la sociedad protestante, distinguiéndose

N.º 379. Munster y sus inmediaciones.



1: 1 000 000
0 10 25 50 Kil.

entre todas las comunidades por su respeto al orden establecido. Los Mennonitas que de Holanda pasaron á Alemania, luego á Rusia

y que tres siglos después hubieron de huir todavía al Canadá, á los Estados Unidos y á la República Argentina, conservaron sobre todo, como por herencia, la obligación estricta de buscar la paz, de evitar toda violencia, de execrar las armas, en tanto que los «hermanos Moravos», descendientes de otros perseguidos, lograron salvar las prácticas de la fraternidad humanitaria.

Paralelamente al luteranismo, que se constituyó principalmente en el norte de Alemania y en las comarcas escandinavas, se desarrollaba otra forma de protestantismo, que recibió también en el lenguaje corriente el nombre de su fundador: el calvinismo, la religión del severo Calvino. Las nuevas ideas que reivindicaban para el simple lector de la Biblia, clérigo ó laico, el derecho de ser su propio sacerdote y de hablar directamente con su Dios sin intérprete humano, habían sido proclamadas en Suiza por Zwinglio un año antes que Lutero, desde 1516, y la Iglesia romana desposeída había tratado en vano de reconducir sus ovejas de los altos valles al redil ortodoxo. Como en la próxima Alemania, la controversia se complicaba con batallas, y el equilibrio de las fuerzas se desplazaba constantemente sin que el antiguo régimen pudiera reconstituirse.

El movimiento dominante de la religión nueva tuvo principalmente á Calvino por doctor, y por segunda Biblia la *Institución de la religión cristiana*, en que los dogmas, aceptados por los hugonotes franceses, estaban expuestos en un estilo clarísimo y de una rigidez glacial. Ya una primera vez los ciudadanos de Ginebra no habían podido soportar el implacable régimen de su director espiritual, pero volvió en 1541, y desde entonces la pequeña ciudad suiza, protegida á la vez por la naturaleza, por los cantones aliados y por la mala voluntad de las potencias próximas, se convirtió en una especie de capital, la «Roma del protestantismo», desde donde el temible Calvino escribía sus cartas, enviaba sus emisarios y mantenía el ardor de la fe en toda la Europa tocada por la propaganda de la Reforma, y especialmente en Flandes y en Escocia. Por lo demás, la mitad calvinista de la religión protestante no toleraba la libertad de pensar como tampoco lo toleraban los luteranos: para el reformador de Ginebra como para el de Wartburg, todo hereje, es decir, todo hombre

que no pensara como él merecía la muerte. Calvino mostró con toda serenidad de alma esa intolerancia, cuando hizo prender y condenar á la hoguera al sabio físico y geógrafo aragonés Miguel Servet, que tenía al mismo tiempo la desgracia de ser teólogo y de haber emitido sobre la Trinidad opiniones contrarias á la ortodoxia calvinista. No sólo hizo Calvino quemar á Servet, sino que mandó también arrojar á la hoguera los ejemplares de sus dos ediciones de Claudio Ptolomeo¹.

Los tribunales de Ginebra eran, pues, inquisitoriales; mas por rigurosas que fuesen sus sentencias, no causaron tanto mal á las poblaciones como la austera y grosera concepción calvinista de la vida, siempre viciada por el remordimiento del pecado original, al que venían á añadirse

los mil pecados de cada día. «Zwinglio y Calvino abrieron los conventos, dice Voltaire, para transformar en un convento la sociedad humana».

El mapa religioso de Suiza y de Alemania occidental, según le trazaron los acontecimientos del siglo XVI, demuestra claramente que la iniciativa de los habitantes fué de escasa energía en la elección de las dos creencias que se hallaban frente á frente. La voluntad espontánea del pueblo apenas tuvo participación, en unas partes en



CALVINO

Cl. Kuhn, edit.

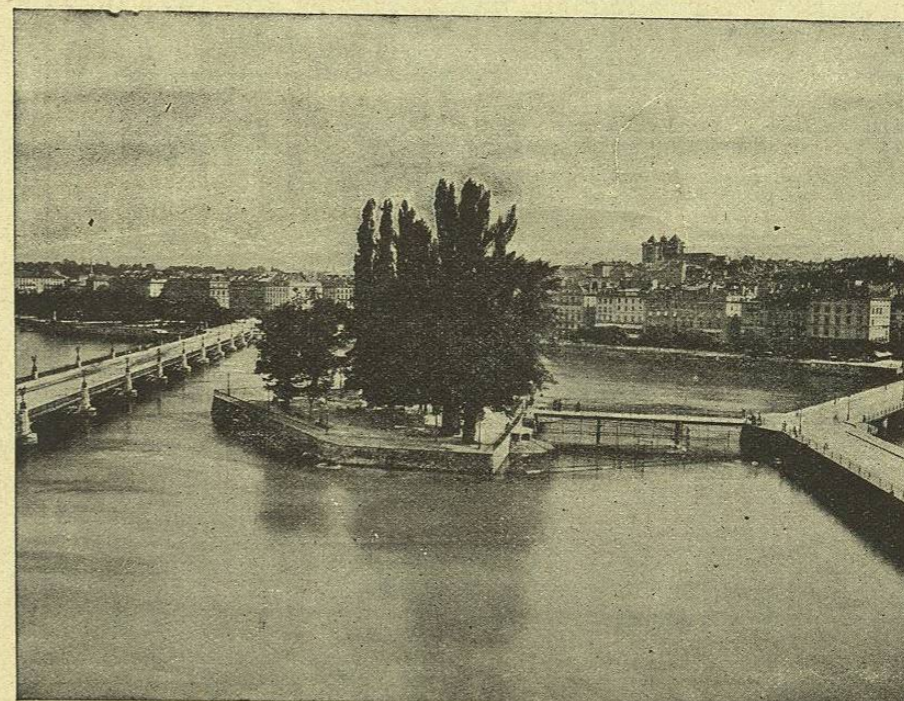
¹ *Geographical Journal*, 1902, p. 648.

la conservación de la religión católica tradicional, en otras en la introducción de la nueva fe. Puede hacerse constar fácilmente que los principados y cantones de Alemania y de Suiza tienen casi tan claramente señalados sus límites por la confesión religiosa como por la libertad política. Por una parte la conservación, por otra el cambio de culto se había hecho por mandato, no por la voluntad de los habitantes fieles á la antigua fe ó convertidos á la nueva. Según los intereses de tal familia reinante, de tal grupo de aristócratas directores, de tal clase burguesa en posesión del poder, se habían conservado los curas católicos ó se habían hecho venir pastores protestantes.

Pueden citarse como ejemplo de esas religiones impuestas el que presentan los dos cantones de Valais y de Vaud, ya contrastados por la forma de sus nombres, que, aunque con una significación casi análoga, «Gran Valle» y los «Valles», tienen sin embargo un aspecto y un tono tan diferentes. El corte es absolutamente neto; el límite de las religiones es idéntico al de las fronteras políticas: los que miran al Oeste, hacia Lausana, son protestantes y hubieron de serlo, bajo penas graves; los que se inclinan al Este, hacia Sión, permanecieron católicos, y la apostasía les hubiese costado cara. A la diferencia de las religiones correspondió la de las alianzas, de las instituciones, de las prácticas tradicionales, y, bajo las influencias opuestas que creaban los dos medios distintos, los habitantes de los dos cantones se desarrollaron como si constituyeran razas extrañas la una respecto de la otra, casi enemigas.

Los mismos contrastes religiosos y políticos en la cuenca rhenana: esta comarca tan notable tiene por eje medio el Rhin, que cruza del Sud al Norte otro eje, de importancia más considerable, el de toda Europa, representada sobre todo por las grandes llanuras que, desde Rusia, se prolongan hasta el Loira. Semejante disposición geográfica asegura al valle del Rhin ventajas excepcionales, seguramente utilizadas desde antes del período romano. El movimiento comercial había de seguir la corriente y hacer nacer grandes ciudades en todos los puntos de travesía, de detención forzosa, de confluencias ó de caminos convergentes acompasados con el curso fluvial. Las riquezas se acumulaban en consecuencia en los centros de actividad que se suceden á lo largo de esta línea de vida, bordeada por regiones mon-

tuosas y florestales y poblaciones relativamente bárbaras á la sazón. Pero toda superioridad prematura se paga, y los mismos privilegios de las ciudades ribereñas que no habían sabido federarse entre sí atrajeron muchas veces los asaltos y el infortunio. Toda clase de desgracias cayeron sobre aquellas ciudades, causadas principalmente por un doble parasitismo, el de los señores feudales, que habían le-



EL RÓDANO Y LA ROMA PROTESTANTE

Cl. J. Kuhn, edit.

vantado sus torres de acecho sobre las rocas y cavado sus cavernas de botín en los promontorios, y el de los prelados, tanto más temibles cuanto que las riquezas venían á amontonarse por sí mismas, por decirlo así, en sus iglesias y conventos, aportadas voluntariamente por los peregrinos y compradores de indulgencias. Así también, cuando la gran crisis religiosa que produjo el fraccionamiento de la Iglesia cristiana occidental, las poblaciones rhenanas, exangües, explotadas á fondo, no tuvieron voluntad personal para manifestarse: recibieron órdenes, se hicieron protestantes ó permanecieron católicas según la voluntad de quienes mandaban: obispos obedientes á